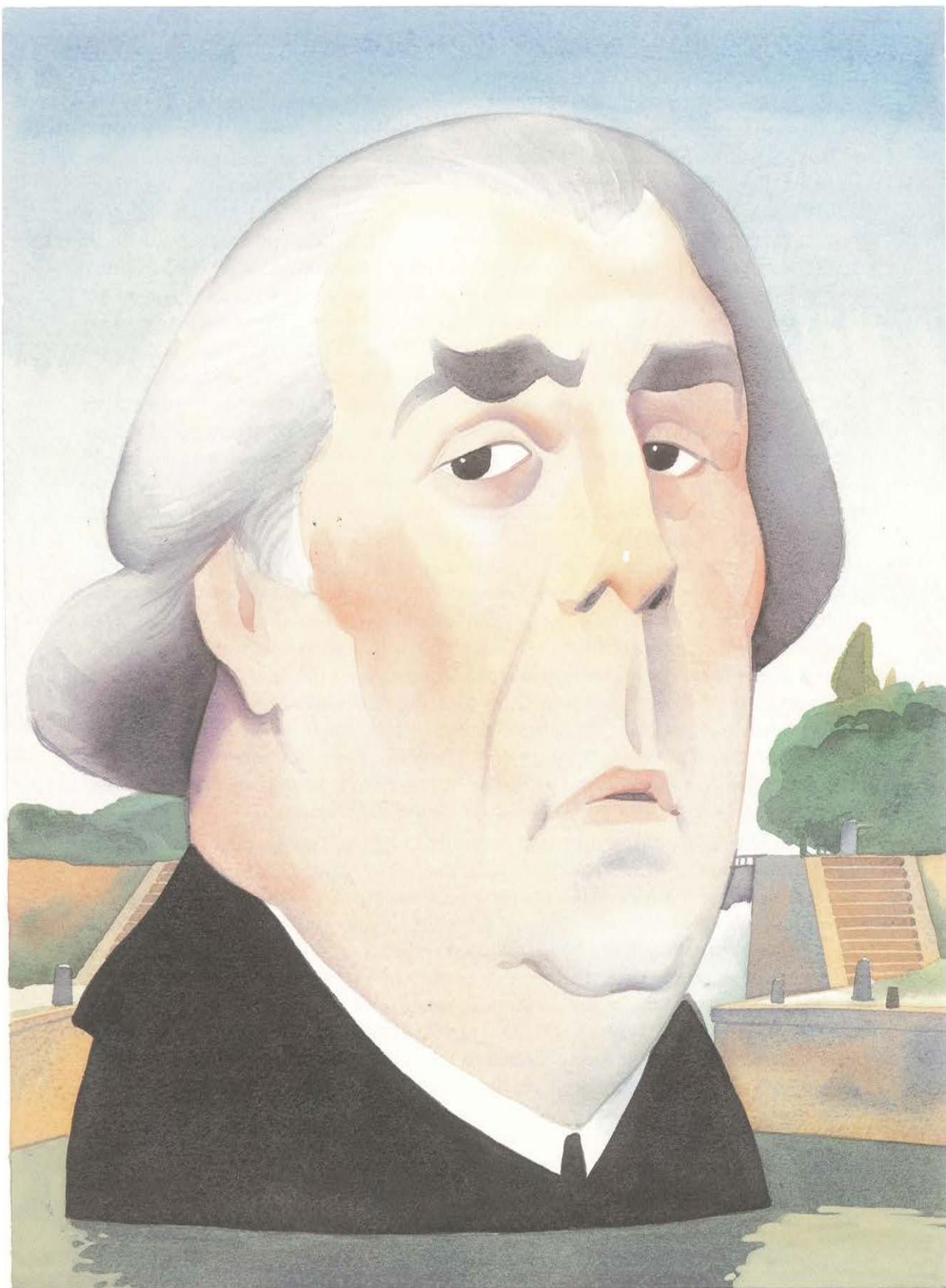


LA SAGRADA AUTORIDAD DE RAMÓN PIGNATELLI

Ramón Pignatelli sufría de sequedad en el alma. Demostraba en cada acto una desnudez casi opresiva. Más que un clérigo ilustrado e investido de sagrada autoridad, era un hombre de acción. Un avanzado de la estrategia y un maestro de la intriga. Aunque sus biógrafos lo han ensalzado como «amigo de los hombres, digno de imitación y alabanza», su personalidad fue contradictoria y, en ocasiones, inexpugnable. Poseía un temperamento borrascoso. Era destemplado en las disputas, autoritario y rígido con sus inferiores, e insolente en las negociaciones. Fue afecto al poder y se sentía halagado por el noble abolengo de su estirpe. En contra de lo que pudiera creerse, no era generoso, sino más bien avaro de preces, ambicioso de mando y de gloria, y firme en sus empresas. Algunos coetáneos han aludido a estos contrastes de otro modo: «Desde el punto de vista de la moral, en cambio, sus costumbres resultaban menos edificantes. Casanova habla de él con sorna en sus *Memorias*», anota José Cadalso. El seductor italiano sugiere que el aragonés era tan dado al fornicio y a los placeres de la carne que casi lo contempla como un digno rival de desafueros y conquistas.

Su propia fisonomía apuntaba hacia un misterio turbador. El cuerpo descollaba por su garbo estricto: el torso era rollizo y el pecho parecía alzarse hacia adelante en una actitud hostil. La cara era ancha y desdeñosa; la mirada, más provocativa que dulce, y las piernas remataban en pantorrillas abultadas y puntiagudas. Anudaba el abundante cabello sobre la nuca y lucía papada o buche espeso. Usaba casaca oscura con faldones y capa corta. Su aspecto desabrido recordaba al de un recaudador de impuestos que se ha olvidado de sonreír. En cierta manera, aquel porte severo anunciaba lo que fue durante toda su existencia: un soberbio administrador, un economista magnífico y sin escrúpulos.

Sin embargo, su vida parecía encaminada hacia otra dirección. Hijo de los condes de Fuentes, nació en Zaragoza en 1734. Durante la primera década de su existencia,



residió en su ciudad natal, al amparo de una meticulosa educación religiosa que le dispensaban sus propios padres. Siempre estuvo orgulloso de su linaje: estaba emparentado con la aristocracia napolitana y con dos pontífices de Roma. Al parecer, desde muy joven, dio pruebas de un feraz entendimiento, excelente memoria y afición a los libros. El Conde de Sástago en un célebre e incondicional *Elogio* resalta esta faceta de Pignatelli. Asegura que fue un sabio auténtico y un apasionado lector durante toda su vida. En 1744, toda la familia se trasladó a Nápoles. Al poco tiempo, falleció su padre y partió a Roma para estudiar en el Colegio Clementino. Aprendió el italiano y el latín, adquirió vastos conocimientos de humanidades y lo instruyeron en los principios de filosofía cartesiana y de física. Recibió una educación exquisita y, entre los mosaicos de esponsales y los arbustos de sombra del huerto, los frailes le explicaron los textos de Cicerón, lo enseñaron a viajar en el tiempo con las imágenes de Virgilio y con la poesía serena y nostálgica de Horacio. Por entonces, era un galán esbelto y reconcentrado, de una gran brillantez personal. Deslumbraba por doquier: era juicioso, enérgico y vehemente. Su presencia en los salones o en los círculos de la intelectualidad, tanto en Nápoles como en Roma, era muy bien vista. El papa Benedicto XIV, cuyo sentido de la libertad había sido elogiado por Voltaire y los *enciclopedistas*, lo tomó bajo su protección y lo exhibió con tanta afición como entusiasmo en sus dependencias coronadas de cortinajes, efigies religiosas y estatuas. Lentamente, su admiración fue desplazándose hacia el cariño y la ternura, tras tardes enteras de pláticas en los balcones de palacio o en el camarín de la biblioteca. El pontífice, mejor que nadie, predijo su destino: «Tú has nacido para grandes empresas; tienes disposición para brillar y aun para sobresalir en la Iglesia, en las Armas, en el Estado y en cualquier profesión que sigas». Pignatelli no lo tenía claro del todo. Había escogido los hábitos, aunque sin entusiasmo. El Papa dio de nuevo muestras de su generosidad al otorgarle un puesto de canónigo en el Cabildo de Zaragoza. «Aún tienes tiempo para deliberar acerca de la carrera que quieras seguir; dilata cuanto quieras el ordenarte, que yo te dispensaré de todo», le dijo.

Cuando regresó a Zaragoza había cumplido 20 años. Lo esperaba una brillante pero tortuosa carrera. Tomó posesión de su plaza, pero apenas hizo acto de presencia en las reuniones catedralicias. Continuaba viajando sin parar por todas las regiones de Italia y por Madrid, donde solía pasar largas temporadas al servicio del rey. No se ordenó sacerdote hasta 1760 y desde ese instante, con importantes altibajos, realizó faenas muy dispares: fue secretario, diácono, administrador y visitador del arzobispado de Belchite, a cuyas estepas asomaba de vez en cuando en cerradas carrozas, arrastradas por caballerías. Ejerció sus ocupaciones religiosas sin entusiasmo e incluso mantuvo un fuerte altercado con los responsables del Cabildo que, debido a las constantes ausencias de Pignatelli por su ocupación de Protector del Canal Imperial, le retiraron sus emolumentos hacia 1784. El clérigo se quejó a su protector, el Conde de Floridablanca, y tuvo que poner paz el propio rey Carlos III. Con anterioridad, ya había dado muestras de su habilidad para la maniobra subterránea y para predisponer a alguien a su favor.

La canonjía le abrió muchas puertas. Demostró que era un pertinaz intercesor en asuntos difíciles: desenredaba pleitos, esclarecía conflictos y no soportaba que le llevasen la contraria. Era capaz de enmarañar un discurso con tal elocuencia que casi siempre desarmaba a su oponente. Esa diligencia lo convirtió en rector de la Universidad. Aunque el recuerdo que dejó en las aulas, no fue del todo halagador. Ejerció el cargo en cuatro ocasiones: la primera cuando contaba 29 años; la última, en vísperas de su muerte. En medio, permaneció dos años consecutivos, entre 1782 y 1784, en un período en que su fama ya había rebasado las fronteras de Aragón. Como era habitual en él, aplicó rígidas medidas disciplinarias. Prohibió a los alumnos que visitasen las casas de lenocinio, establecimientos de juego, lugares insanos que atentasen contra las buenas costumbres o donde se practicasen los dados u otros entretenimientos prohibidos, y que enredasen con la pelota. Los amonestó para que no pidiesen limosnas por las callejas y para que no formasen corrillos abultados en las rúas, ni silbasen a los caballos; y en caso de trato indebido a los profesores o de lucimiento de vestuario desarrapado, los amenazó con una semana de cárcel, sanciones económicas y repetición del curso. Puso especial énfasis en el uso de la vestimenta y exhortó para que nadie fumase en los patios del colegio ni saliese, avanzada la noche, al libre albedrío bajo el peso de las estrellas. En general, las medidas no eran infrecuentes en la universidad española, aunque Pignatelli las sancionó con algo más que «un rigor justo, y moderado». Su cargo le trajo algún que otro quebradero de cabeza: en 1783, el Ayuntamiento de Zaragoza envió una embajada al claustro para quejarse de la deficiente educación que se ofrecía en el centro. Pignatelli sospechó que detrás de esa denuncia estaba el Marqués de Ayerbe, colmado de rencor por haberse visto obligado a pagar el caudal del Canal de Tauste que cruzaba su hacienda, y demandó ayuda a Floridablanca. Su balance universitario no hay que desdeñarlo, pero tampoco cabe magnificarlo. Su ideario estaba en consonancia con los postulados de la ilustración. Propugnó la moral del esfuerzo, el estudio, la curiosidad y el deber, y criticó con severidad el ocio porque entendió que frustraba vocaciones y que su exceso convertía a los alumnos en pillastres, galopines, libidinosos y rústicos sin ciencia alguna.

Sin embargo, en la Casa de la Misericordia realizó una labor ingente que revela la energía feroz de su carácter. Su talante desapacible, y aun inclemente, y su descarnada visión de la realidad. Accedió al cargo de Regidor de la junta del Hospital en 1764 y, desde el primer instante, se propuso sanear la economía del recinto. Aprovechó algunas ideas que ya existían y las potenció con firmeza, sin importarle las críticas: aceleró la construcción de la plaza de toros porque entendió que con los festejos y aquella admiración que suscitaban los toreros se lograba una fuente de financiación importante. Otro aspecto esencial de su gestión consistió en utilizar al máximo el trabajo de los internos. Modificó la política de las manufacturas, cuyos frutos se empleaban únicamente para el uso de los indigentes y para abonar el alquiler de los locales. Pignatelli intuyó que, en un momento en que predominaba el gusto por el lujo, los

atavíos y las telas, había que llegar al exterior. Reformó la Casa de la Misericordia de modo que pudiese albergar a más personas, distanció las áreas de trabajo de las zonas de convivencia y aisló las habitaciones de los hombres y las mujeres.

Sus convicciones resultaban demoledoras. Transformó el ruinoso estado de los edificios desportillados en una fábrica que surtía de buratas a las damas de la Corte, a la tropa y a la nobleza. De allí salían tejidos de cáñamo, lienzo y lino de los más delicados del país, y manterías, brocados y paños para la librea de los señores. *El siglo de las luces* también era un siglo de la frivolidad, la levedad, la coquetería y de una obsesión desmesurada por la propia belleza. Pignatelli, que tenía una gran perspicacia, vislumbró esa mudanza de hábitos y logró rentabilizar el trabajo de la población interna, aunque como en él era habitual no reparó en sacrificios ni en latigazos cuando lo creyó necesario.

Su tosquedad le acarreó varios disgustos. Bordeó el fanatismo de la moralidad. El refugio era morada de personas ancianas e impedidas, o de niños huérfanos y pobres, sobre todo. También había alcohólicos, enfermos, vagabundos y rebeldes de mala vida. Pignatelli, sin rechazar frontalmente ese sector de la sociedad, mostró mayor interés por las mujeres casadas, que sufrían vejaciones o agresiones de todo tipo por parte del marido o de sus familiares, y logró aumentar el número de internos entre los 10 y los 15 años. Estaba dispuesto a encerrar a todo aquel que atentase contra las *buenas costumbres*. Las señoras sufrieron una especie de manía persecutoria del Regidor, una fijación inquietante y casi desalmada. Les abrió una sala de Corrección (casi 17 años más tarde, inauguró otra para los hombres) y les impidió cualquier relación personal con los varones: no les permitía que se viesen ni que se hablaran. Tampoco las favorecía en sus asignaciones y las sometía a un estricto régimen de oración y trabajo, e incluso les infligía castigos físicos. Su tenacidad reprendedora, al parecer, rayó en la insolencia y en la brutalidad. Redujo sus movimientos y sus diversiones en el recinto, y les colocó centinelas día y noche como si desconfiase de los jóvenes de uno y otro sexo «en quienes la maliciosa inclinación, el vicio o el escándalo comienzan a pervertir la inocencia, y el candor».

Su obra magna fue el Canal Imperial de Aragón. El proyecto existía antes de que Pignatelli fuese nombrado Protector en 1772 por su primo el Conde de Aranda. El clérigo había demostrado que poseía una gran capacidad de gestión económica y organizativa, conocimientos de ingeniería y de ciencia. Parecía el hombre idóneo. Además, desde el primer momento atisbó que sería un gran proyecto: la escalera ideal para ascender a las puertas de la alabanza y la notoriedad. Contó con numerosos apoyos, especialmente de los Condes de Aranda y de Floridablanca, pero también tuvo que vencer numerosos obstáculos. Desenmascaró fraudes y falsarios, redactó los planos definitivos con el correspondiente emplazamiento del embalse y soportó estoicamente los pleitos con los labradores, con los nobles o la desconfianza de sus compañeros de Cabildo. Volvió a dar muestras de su sentido del deber. Proyectó

enlazar el Cantábrico y el Mediterráneo y hacer navegable el Ebro, pero no llegó a vivir para ello. No obstante, el empeño fue monumental y heroico y no le importó arrollar con ello intereses menores y, acaso, la dignidad de sus obreros. Contó con una muchedumbre de jornaleros, campesinos, presos y soldados. A Pignatelli le importaban más los fines que los medios, y no tuvo reparos en azotar a los haraganes, a los promotores de huelgas y a los advenedizos. Los salarios eran bajos e interminables las horas de faena. Hubo un momento en que peligró el canal de riego y navegación porque se produjo una espantada de los operarios, que emigraban a sus comarcas, a Castilla o a Francia para trabajar en la recolección de las aceitunas, en la siega o en los viñedos. El Conde de Floridablanca siguió de cerca el proceso y en 1786 le envió un pelotón de soldados destinados en África y América.

Pignatelli quizá no haya sido feliz jamás. Fue brusco en sus comportamientos, inflexible y taimado, y careció de compasión. Fue brillante en sus aventuras, resuelto en sus proyectos y constante en sus porfías. No había quien anulase su voluntad o mitigase su perseverancia. Pero no logró cosechar afectos verdaderos, aunque sí recogió elogios y honores (fue condecorado con la Cruz Pensionada de la Orden de Carlos III), y tuvo una gran influencia en la Corte y en los asuntos de su laureada estirpe. Siempre rindió culto a la aristocracia y se consideró un elegido. Fue envidiado y sufrió quebrantos, conjuras y libelos, aunque la seguridad que tenía en sí mismo y su directa relación con el poder, le permitieron salir airoso. Fue todo lo contrario que un incomprendido: se sabía altanero, convincente, imprescindible y cruel hasta donde podía serlo.

Falleció en el suntuoso palacio de los Zaporta en 1793, al abrigo de los artesanos esplendentes, las cámaras ornadas de retratos y de volúmenes, y un aire de quietud postrera. Un instante antes de expirar, el Conde de Sástago, su socio más leal, le tomó la mano bajo la umbría de los cortinajes y lo ayudó a penetrar en «aquel vasto, inmenso y desconocido horror de la eternidad».

